

Como un guante a medida

Dios mío, muchas veces me he rebelado yo contra la Cruz que me das, pues me parece muy pesada. Pero poco a poco una luz de tu divina presencia en mi vida me hace discernir, con la fuerza de un relámpago, la idoneidad de mi Cruz. Tú me has dado mi Cruz, no la del prójimo sino la mía, con la que estoy acostumbrada a bregar, la que, como yo digo, me queda como un guante hecho a medida: el sufrimiento síquico, el que no deja que el corazón te palpite a cien por hora, el que no deja que tengas mariposas en el estómago, el que impide que todo tu cuerpo tiemble emocionado. El que en cada crisis una espada te traspasa el cerebro ocasionando un dolor frío y desquiciante, un dolor que te atormenta con cientos de ideas desagradables, que te absorbe la poca esperanza de vivir que aún queda en ti. Un dolor, que por ser tan familiar, ya es el único que estás dispuesta a soportar. Ni más grande, ni más pequeño, sino el que te queda ya, tras el paso del tiempo, como un guante a medida.